

# Nuevos Rostros

— Víctor Codina, SJ. —

## en Santo Domingo

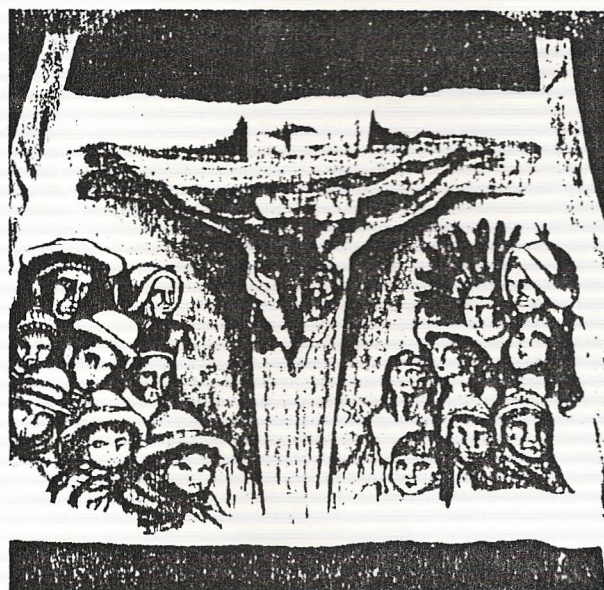
Un documento, como el de Santo Domingo, puede ser analizado desde diversos ángulos. Se puede examinar, sucesivamente, los diferentes temas: cristología, eclesiología, evangelización, promoción humana, culturas, vida religiosa, catequesis, la mujer, etc. Pero también puede ser abordado a través de algunos núcleos sintéticos, que atraviesan transversalmente todo el Documento y que constituyen lugares privilegiados de observación.

Este es el método que vamos a seguir. Concretamente vamos a examinar los rostros, los nuevos rostros, que aparecen a lo largo del Documento de Santo Domingo. Su presencia, descripción y profundización, nos acercan a la trama oculta del texto. Si el rostro simboliza la persona, analizar los rostros nos permite descubrir el mundo real presente (o ausente) en el Documento de Santo Domingo.

### 1. Nuevos rostros de pobres

Santo Domingo quiere mantener la continuidad con la línea pastoral comenzada por el Vaticano II y proseguida luego en Medellín y Puebla (290). En este sentido se comprende que haga suyo el clamor de los pobres y asuma "con renovado ardor la opción evangélica preferencial por los pobres, en continuidad con Medellín y Puebla", opción que ha de iluminar toda la acción evangelizadora de la Iglesia, a imitación de Jesucristo (296 cf 178).

Puebla había descrito, en un conocido y patético texto (Puebla 31-39), la situación de extrema pobreza del pueblo latinoamericano, presentando diversos rostros de pobres, en los que se deberían reconocer los rasgos



sufrientes de Cristo, el Señor: rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer y luego vagando explotados por nuestras ciudades; rostros de jóvenes, desorientados y frustrados, sin ocupación; rostros de indígenas y afroamericanos, marginados y los más pobres entre los pobres; rostros de campesinos, relegados, en situación de grave dependencia y muchas veces sin tierra; rostros de obreros mal retribuidos; rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las exigencias de las crisis económicas; rostros de marginados y hacinados urbanos en medio de un mundo de lujo y ostentación; rostros de ancianos olvidados en una sociedad de progreso y productividad.

Santo Domingo, trece años después, ¿qué rostros nos presenta del pueblo pobre latinoamericano?



En el capítulo sobre la Promoción humana, Santo Domingo nos ofrece los nuevos rostros de la pobreza.

En un denso texto, dentro del apartado sobre Empobrecimiento y solidaridad, se describen estos nuevos rostros:

"Descubrir en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor (Mt 25,31-46) es algo que desafía a todos los cristianos a una profunda conversión personal y eclesial. En la fe encontramos los rostros desfigurados por el hambre, consecuencia de la inflación, de la deuda externa y de injusticias sociales; los rostros desilusionados por los políticos que prometen pero no cumplen; los rostros humillados a causa de su propia cultura que no es respetada y es incluso despreciada; los rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; los rostros angustiados de menores abandonados que caminan por nuestras ciudades y duermen bajo nuestros puentes; los rostros sufridos de las mujeres humilladas y postergadas; los rostros envejecidos por el tiempo y el trabajo de los que no tienen lo mínimo para sobrevivir dignamente (Dt 163) (178).

Los obispos son muy conscientes de que tienen que alargar la lista de los rostros sufrientes que ya habían señalado en (Puebla 31-39) "todos ellos desfigurados por el hambre, aterrorizados por la violencia, envejecidos por inhumanas condiciones de vida, angustiados por la supervivencia familiar", en los cuales "el Señor nos pide que sepamos descubrir su propio rostro en los rostros sufrientes de los hermanos" (179).

A estos se añaden los rostros de "los más pobres entre los pobres": "los minusválidos, enfermos solos, niños abandonados, encarcelados, enfermos de SIDA" que requieren la cercanía misericordiosa del buen samaritano (180).

En otras páginas del Documento esta lista todavía se alarga y concreta más:

- todos aquellos cuyos derechos humanos son violados por la pobreza extrema, las estructuras económicas injustas, la intolerancia política y el desprecio a la vida humana (167).

- los que habitan en las zonas deterioradas de nuestras grandes ciudades y sobre todo en las villas miseria y suburbios (169).

- los pueblos aborígenes y los campesinos que han sido despojados de sus tierras y sufren el peso de las crisis económicas y el desorden institucional (174);

- los trabajadores que sufren un deterioro en sus condiciones de vida y en el respeto a sus derechos laborales (vejez, enfermedad, desempleo) (183-185);

- los migrantes que han tenido que abandonar su tierra o su patria por motivos económicos o políticos, con graves consecuencias familiares, económicas, humanas, morales y religiosas (187);

- las familias que están en situación de miseria y hambre sin vivienda digna, ni servicios educativos y sanitarios, víctimas del desempleo, de salarios bajos (218), familias rotas, desechas, objeto de campañas antinatalistas y abortivas (219);

- en fin, todos los que sufren la frustración y el fracaso del sistema económico neoliberal, que se presenta como la solución a los problemas económicos y sociales de nuestros pueblos (199);

A estos rostros más globales o grupales, se añaden también rostros más concretos:

- los rostros de las mujeres latinoamericanas, sobre todo las campesinas, indígenas, afroamericanas, migrantes, empleadas domésticas y obreras, madres solteras, que son atropelladas, discriminadas, humilladas, explotadas, utilizadas como objeto de propaganda y consumo, marginadas, abusadas sexualmente, esterilizadas, abandonadas, por una sociedad machista y cruel (107-110).

- los adolescentes y jóvenes "víctimas del empobrecimiento y de la marginalidad social, de la falta de empleo y subempleo, de una educación que no responde a las exigencias de sus vidas, del narcotráfico, de la guerrilla, de las pandillas, de la prostitución, del alcoholismo, de abusos sexuales, muchos adormecidos por la propaganda de los medios de comunicación social y alienados por imposiciones culturales y por el pragmatismo inmedialista que ha generado nuevos problemas en la maduración afectiva de adolescentes y jóvenes" (112 cf 168);

- los niños de la calle, que deambulan sin lugar fijo, víctimas de campañas de exterminio, sin familia, sin educación, en extrema miseria física y moral, sujetos a un aberrante comercio de prostitución y de tráfico de órganos (221);



Finalmente el Mensaje a los pueblos de América Latina resume y expresa nuevamente esta problemática. Los Obispos constatan con dolor que "grandes mayorías de nuestros pueblos padecen condiciones dramáticas en sus vidas" (Mensaje, 9) y de nuevo resuenan en sus oídos las palabras de Dios a Moisés: "He visto la aflicción de mi pueblo, he oído sus gritos de dolor. Conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado para hacerlo subir a la tierra espaciosa y fértil" (Ex 3, 7-8, citado en Mensaje 9).

## 2. Nuevos rostros indígenas y afroamericanos



No es la primera vez que en América Latina se constata la realidad pluricultural del continente. Sin embargo, Santo Domingo, convocado a los 500 años de la primera evangelización, ha tenido una preocupación especial por el tema cultural.

A la cultura moderna, que al principio parecía que iba a ser el tema central de

Santo Domingo, se ha añadido con mucha fuerza el problema de las culturas originarias, indígenas, afroamericanas y mestizas.

Estos rostros morenos, negros, mulatos y mestizos, van apareciendo a lo largo de todo el Documento, pero sobre todo en el texto sobre Unidad y pluralidad de las culturas (243-251).

Por una parte son rostros pobres, que participan de la larga serie de rostros empobrecidos que antes hemos señalado. Estos pueblos han sido marginados a lo largo de 500 años, han sido vencidos, despojados de sus tierras, esclavizados, humillados y muchas veces brutalmente eliminados (245).

Sobre todo los pueblos afroamericanos, transportados desde África y vendidos como mercancía, han sufrido la más brutal esclavitud y discriminación racial (246 cf 20).

Santo Domingo, siguiendo las palabras de Juan Pablo II, les pide a todos ellos perdón (248 cf 20).

Pero estos rostros indígenas, negros o mestizos, no son vistos solamente como rostros pobres, sino como rostros diferentes, con la riqueza y sabiduría de sus culturas tradicionales. Santo Domingo analiza la realidad no sólo con categorías socio-económicas sino también desde una perspectiva antropológica. Estos rostros no sólo son rostros de pobres, son rostros "diferentes". Un indígena no es una "subclase" de pobre, ni "el más pobre entre los pobres", ni el "lumpen" de los miserables; sino alguien con una inmensa dignidad, con "otra" forma de ser y de sentir, aunque de hecho esta identidad se halle marginada y humillada por la sociedad occidental y blanca moderna.

Estos pueblos poseen en sus tradiciones culturales valores de gran significación humana, fruto de las "semillas del Verbo", presentes en sus culturas (245). Sus relaciones con la naturaleza, con la tierra considerada como sagrada y madre (172), su sobriedad en el uso de los bienes de la tierra y su respeto por el medio ambiente (169), sus relaciones sociales basadas en el compartir, son un desafío y una alternativa para el mundo moderno.

Los indígenas y afroamericanos tienen derecho a vivir según su propia identidad cultural, su cosmovisión humana y religiosa, sus propias organizaciones, su lengua, sus



tradiciones ancestrales, su autonomía y pueden relacionarse con plena igualdad con todos los pueblos de la tierra (251).

Por esto una de las grandes prioridades pastorales de Santo Domingo tiene relación con estos rostros indígenas, negros o mestizos:

"Queremos acercarnos a los pueblos indígenas y afroamericanos a fin de que el Evangelio, encarnado en sus culturas, manifieste toda su vitalidad y entre en diálogo de comunión con las demás comunidades cristianas para su mutuo enriquecimiento" (299).

### 3. Nuevos rostros de la Iglesia

Si de esta primera aproximación antropológica y social pasamos a un acercamiento más eclesial a Santo Domingo, descubriremos que la Iglesia aparece también como diversificada y con nuevos rostros.

A los rostros tradicionales e irrenunciables del ministerio ordenado (obispos, sacerdotes, diáconos cf 67-84) y de la vida consagrada (religiosas y religiosos cf 85-93), al rostro ya conocido de las Iglesias particulares, parroquias y comunidades de base (54), se añaden con mucha fuerza otros rostros: los laicos (94-103), las mujeres (104-110) y los jóvenes (111-120).

Se trata de nuevos sujetos eclesiales, llamados a jugar un rol muy importante en la Nueva Evangelización.

Los laicos constituyen la mayoría del Pueblo de Dios (94), muchos de ellos están muy comprometidos en la Iglesia en numerosos servicios y ministerios (95) y están llamados a ir tomando cada día mayor conciencia de su ser eclesial, a ir dando mayor coherencia a su vida en la sociedad, sin reducirse solamente en lo intraeclesial, no caer en una mentalidad clerical (96), sino que están llamados a trabajar en la transformación de la sociedad a la luz del Evangelio y de la Doctrina social de la Iglesia (98). Para todo ello requieren una continua y sólida formación y una espiritualidad laical (99). Ellos son los protagonistas de la Nueva Evangelización (97), afirmación que se resume al tratar de las prioridades pastorales de Santo Domingo:

"Un especial protagonismo corresponde a los laicos, en continuidad con las orientaciones de la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*" (293 cf 302).

Dentro de los laicos, los jóvenes aparecen como un nuevo rostro eclesial:

"Entre ellos (los laicos) siguiendo la invitación constante del Papa, convocamos una vez más a los jóvenes para que sean fuerza renovadora de la Iglesia y esperanza del mundo" (293).

La opción preferencial por los jóvenes, que Puebla proclamó, es reafirmada por Santo Domingo de modo no sólo afectivo sino efectivo (114).

Estos numerosísimos rostros jóvenes (el 55% del continente, cf 221) llenos de vida y de inquietudes, no sólo son los hombres y mujeres del futuro, sino una fuerza ya presente en nuestras Iglesias, que con su generosidad y creatividad podrán conseguir soluciones originales para transformar nuestra sociedad (111).

Hay un rechazo de parte de muchos jóvenes a este tipo de sociedad corrupta e injusta actual y un deseo de construir un mundo nuevo y diferente (112).

La gran tarea de la pastoral juvenil consiste en acompañar a los jóvenes para hacerles crecer en su fe, en su trabajo eclesial y en sus preocupaciones de transformar la sociedad (112-120).

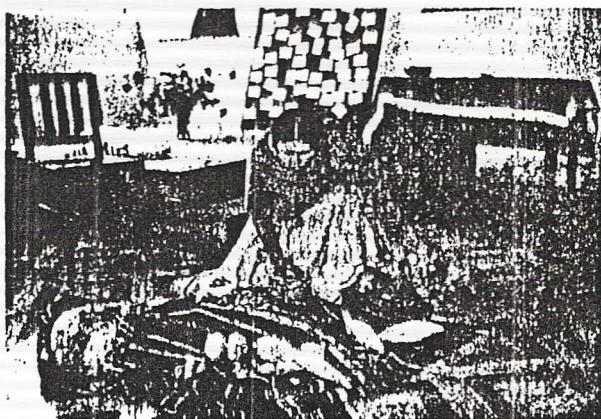
Tanto al hablar de los laicos como de los jóvenes, Santo Domingo quiere tener presente a la realidad de la mujer latinoamericana, esposa, madre, religiosa, trabajadora, campesina, profesional, continuamente empeñada en generar vida, inclinarse ante el dolor, dar esperanza, encontrar alternativas, acompañar y animar la marcha de la comunidad (104).

Este rostro femenino tiene hoy un papel decisivo y cada día creciente no sólo en la sociedad sino en la Iglesia, defendiendo la vida y los valores más profundos, transmitiendo la fe en la familia, manteniendo la vida cristiana del continente (106), colaborando activamente al plan de salvación con su propia vocación femenina, leyendo la Palabra desde su propia identidad (108), asumiendo un liderazgo nuevo en la sociedad y en la Iglesia (109).



Los nuevos sujetos eclesiales confieren a la Iglesia un nuevo rostro. De este modo la Iglesia aparece con un rostro laical, joven y femenino.

#### 4. La Tierra, "rostro femenino de Dios" <sup>1</sup>



En Santo Domingo hay otro rostro, rostro simbólico y envolvente de los anteriores, la tierra (171-177).

La tierra es vista por los indígenas y culturas originarias como algo sagrado, "rostro femenino de Dios", "madre tierra", que nos alimenta y por eso hay que cuidarla y respetarla (172).

Esta tierra es centro integrador de la vida de la comunidad, a través de la cual se entra en comunión con Dios, con los antepasados, con toda la sociedad.

Frente a esta visión humana y religiosa de la tierra, típica de las culturas tradicionales, se contraponen una visión mercantilista y economicista de la tierra, como objeto exclusivo de explotación y de lucro. Esta concepción mercantilista de la tierra es la que produce desalojos y expulsión de sus legítimos dueños, causa empobrecimiento de

<sup>1</sup> Esta expresión de "rostro femenino de Dios", presente en la última redacción del documento, ha sido omitida en la versión oficial romana. Sin embargo, dado que permanece la afirmación de "madre tierra", creemos que todo cuando se dice sobre el rostro femenino de la tierra y consiguientemente de Dios permanece inalterado.

muchos campesinos, especulación del suelo urbano y hacinamiento de los pobres en los suburbios de las grandes ciudades latinoamericanas.

El Documento de Santo Domingo, citando al mismo Juan Pablo II, lamenta que después de 500 años de presencia del Evangelio, todavía no se haya logrado en toda América Latina una equitativa distribución de la tierra, que sigue estando en manos de una minoría (174).

De la concepción indígena y tradicional de la tierra surge el respeto por el medio ambiente y una visión ecológica de la naturaleza, mientras que la visión mercantilista es destructora de la ecología (169-170).

¿Por qué la tierra es vista como "rostro femenino de Dios"? Sin duda por ser generadora de vida y por su dimensión maternal. Por el contrario, la visión moderna y mercantilista de la tierra es tremendamente machista, agresiva y generadora de muerte. No refleja el rostro de Dios sino el rostro de Caín.

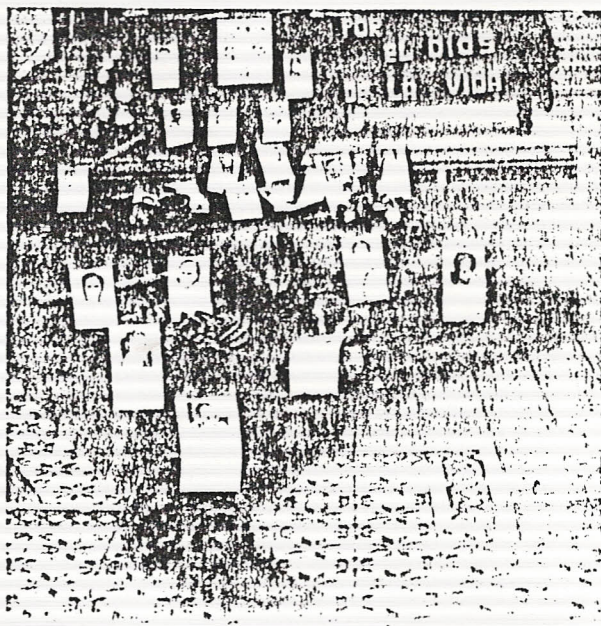
En este rostro de la tierra confluyen de alguna forma los rostros anteriores, los rostros de los pobres, los rostros de las culturas indígenas y los nuevos rostros de la Iglesia, singularmente el de la mujer. Como veremos luego, hay una connaturalidad entre tierra, mujer, María e Iglesia. Por todo ello este tema de la tierra nos parece un eje básico de lectura de todo el documento de Santo Domingo.

#### 5. Rostros ausentes

En medio de estos rostros claros y definidos, hay otros rostros ausentes.

Llama la atención la ausencia de nombres y rostros concretos en el capítulo histórico de la primera evangelización. Se habla genéricamente de que la primera evangelización "fue una obra conjunta de todo el pueblo de Dios, de Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles laicos" entre los que se señala la colaboración de indígenas bautizados (19). Pero uno descarta que aparecieran algunos de estos rostros, como ya aparecieron en Puebla (7-9), o por lo menos algunos de los más significativos y representativos.





¿Cómo no recordar en Santo Domingo por lo menos los rostros de los dominicos Antón de Montesinos y Bartolomé de las Casas, verdaderos profetas de la primera evangelización en La Española y en toda América Latina?

El Documento agradece "a los innumerables misioneros, agentes de pastoral y laicos anónimos, muchos de los cuales han actuado en silencio y especialmente a quienes han llegado hasta el testimonio de la sangre por amor de Jesús" (21). Pero no aparecen nombres concretos.

Se habla del llamado de la Iglesia a la santidad, al profetismo y al testimonio de vida cristiana (32-33), pero no se habla del martirio como forma suprema de testimonio, ni se citan nombres de algunos mártires latinoamericanos.

¿Acaso los miles de mártires latinoamericanos, sobre todo los que dieron su vida por el evangelio y por los hermanos desde Puebla, no merecerían un lugar de privilegio en el Documento de Santo Domingo? ¿No son los mártires semillas de vida cristiana?

¿Cómo no recordar, por lo menos a Monseñor Romero, el obispo mártir del Salvador en 1980 y a Monseñor Enrique Angeletti obispo de La Rioja, asesinado en la Argentina en 1976? ¿Cómo olvidar a las

hermanas norteamericanas Ita Ford, Maura Clarke, Dorothy Kazel, Jean Marie Donovan, martirizadas en El Salvador en 1980, o a Ignacio Ellacuría, Joaquín López, Amando López, Segundo Montes, Ignacio Martín Baró, Juan Ramón Moreno, jesuitas asesinados junto con Alba Ramos y Celina Ramos, en noviembre de 1989, en la UCA de San Salvador? ¿O a los innumerables laicos, religiosos y sacerdotes, asesinados en Brasil, Guatemala, Perú, Argentina, Chile, Panamá, Colombia... por fuerzas de represión de los gobiernos militares o de escuadrones de la muerte? ¿Cómo no recordar en Bolivia, al menos, los nombres de Mauricio Lefebvre y Luis Espinal?

Tampoco aparece el nombre de la CLAR, detrás del cual hay rostros muy concretos. Ni está presente el rostro de la María del Magnificat.

¿Hay miedo al rostro de la Iglesia servidora, profética, martirial y liberadora? ¿Por qué se han suprimido estas alusiones presentes en la Relatio Secunda (pp 34 y 101) y en el mismo Documento de Trabajo (400-402)?

## 6. Teología de los rostros

El Documento de Santo Domingo elabora una teología, una cristología, una eclesiología, sobre todo en la primera parte del texto.

Pero como sucedió también en Puebla, no siempre la parte "oficialmente" teológica es la más rica y viva.

En todo caso podemos intentar profundizar en la teología subyacente a estos rostros que hemos ido ennumerando. Los rostros son transparentes y a través de su fisonomía humana se dibuja una misteriosa profundidad. Estos rostros son íconos sagrados, verdaderas imágenes de Dios.

1. Santo Domingo eligió como texto clave inspiradora de toda su actividad la afirmación de Hebreos: "Jesucristo ayer, hoy y siempre" (Hb 13.8). Pero este texto necesita actualizarse desde el contexto de América Latina.



El Documento nos dice: "El Señor nos pide que sepamos descubrir su propio rostro en los rostros sufrientes de los hermanos" (179) y poco antes cita en este contexto a Mateo 25.31-45, afirmando que descubrir en los rostros sufrientes de los pobres los rostros del Señor es un desafío para todos los cristianos y una exigencia de conversión personal y eclesial (178).

Estamos ante un texto cristológico de gran densidad: Cristo está presente en los que sufren, el Crucificado está misteriosamente en los crucificados de este mundo, más allá de su credo, moralidad o ideología. Los rostros de los pobres son sacramento de Cristo. Toda una teología de la encarnación y de la cruz se encierra en estas breves líneas. Es la teología del Hijo que siendo rico se hizo pobre para enriquecerse con su pobreza (2 cor 8,9), de Jesucristo que vino a evangelizar a los pobres (Lc 4, 18-19 cf 178), la teología del juicio de Dios, la teología de lo último y de lo definitivo por lo que seremos juzgados: ¿hemos amado, servido, liberado a los crucificados de este mundo? La solidaridad con los pobres es el único sacramento absolutamente necesario para la salvación.

Desde aquí hay que leer toda la cristología del documento, todo cuanto afirma sobre el profetismo y la santidad. De la opción evangélica por los pobres, de este servicio a Cristo en estos rostros destrozados como el Siervo de Yahvé (Is 53), surge luz y salvación a todos los que se acercan a ellos. Este es el "test" de toda verdadera espiritualidad y de toda pastoral.

Desde aquí se comprende en su justa profundidad el texto de Hebreos: Jesús "en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz y la ignominia" (Hb 12.2) y "para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la ciudad" (Hb 13, 12). Siguiendo su ejemplo "salgamos fuera del campamento, cargando con su oprobio, ya que no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro" (Hb 13.13-14).

Para nosotros seguir a Jesús significa seguir su camino de justicia y misericordia con los hermanos, aunque esto suponga cargar con su oprobio, que es el mismo de Jesús. El lugar de la comunidad cristiana es estar donde está Cristo, es decir, "fuera del campamento", fuera de la ciudad, en los crucificados de este mundo. Hay que salir del sistema que margina y crucifica a los hermanos y entrar en la solidaridad con los

crucificados, pues allí está el Señor presente. No podemos identificarnos con la ciudad terrena, sino caminar hacia la Utopía del Reino<sup>2</sup>.

2. Los rostros indígenas y afroamericanos que aparecen en Santo Domingo nos permiten descubrir una Pneumatología implícita. Es el misterio de la diversidad, de la pluralidad, de la riqueza de las culturas y de los carismas en el mundo y en la Iglesia. El Espíritu es fuente de vida y Pentecostés es la fiesta de la universalidad cultural y católica.

Detrás del tema de la pluralidad de culturas y de su valor salvífico está la acción misteriosa del Espíritu presente en todas las culturas (243) que siembra las semillas del Verbo en todas ellas (17).

Gracias a esta presencia oculta el Espíritu, los pueblos reconocen al Dios Creador en la naturaleza, en el sol, la luna, la madre tierra (245). Gracias a esta acción del Espíritu, las culturas indígenas poseen "la apertura a la acción a Dios, el sentido de gratitud por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana y la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la responsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural y tantos otros valores que enriquecen el alma latinoamericana" (Juan Pablo II, Mensaje a los indígenas, del 13.10.92, citado en el Documento n 17).

En resumen, los pueblos indígenas tienen "la persuasión de que el mal se identifica con la muerte y el bien con la vida" (Discurso de Juan Pablo II a los indígenas, cf Documento n 245).

Por esto no reconocer la presencia de Dios en las religiones no cristianas, como sucedió tantas veces en la historia de la primera evangelización (20), significa extinguir el Espíritu y cerrarse a la revelación de Dios.

Esta presencia del Espíritu es la que posibilita que la evangelización no sea algo meramente exterior, sino que responda a lo que secretamente los pueblos estaban buscando a tientas y deseando desde siglos. Jesús es la respuesta cabal a las más profundas aspiraciones del corazón humano suscitadas por el mismo Espíritu (GS 21-22).

2 Manuel Díaz Muleos, Jesucristo ayer, hoy y siempre. Páginas n. 117, septiembre 1992, 58-71.



La inculturación encuentra desde esta perspectiva su justo enfoque. No es oportunismo, ni acomodación superficial, ni proselitismo, sino respeto a la acción del Espíritu, ya presente en el corazón de las culturas y de las religiones. Es reconocer en los rostros indígenas, negros, mestizos o mulatos, la presencia del Espíritu.



### 3. Los nuevos rostros de Iglesia, laicos, jóvenes y mujeres, que aparecen en Santo Domingo, esbozan una nueva eclesiología.

En primer lugar, la reiterada afirmación de que los laicos no tienen que tener una mentalidad clerical ni limitarse a la acción intraeclesial (96:97), sugiere una eclesiología no clerical o de cristiandad, sino de comunión y participación, en la línea de Vaticano II, Medellín y Puebla. Surge de este modo el rostro de una Iglesia Pueblo de Dios, nacida de la Palabra y del bautismo, llamada toda ella a la misión (94).

Ahora bien, este Pueblo de Dios, constituido mayoritariamente por laicos (94) es un pueblo mayoritariamente pobre (Mensaje 9). Los rostros pobres que antes hemos presentado son rostros mayoritariamente de los laicos. Los jóvenes y las mujeres que aparecen como especiales agentes eclesiales son pobres. Los rostros eclesiales son los mismos rostros pobres e indígenas.

¿Qué significa esto? Significa en primer lugar que existe de hecho una identificación entre la opción por los laicos y la opción por los pobres. Pero hay algo más, estamos ante el hecho, de algún modo nuevo, de la emergencia de una Iglesia de los pobres. Como dice el Documento en el capítulo de los laicos, "los pobres evangelizan a los

pobres" (95). El potencial evangelizador de los pobres comienza a ser realidad.

El tema de la Iglesia de los pobres, postulado por Juan XXIII ya en el Vaticano II, repetido por Juan Pablo II (*laborem exercens* 8) comienza a ser una incipiente realidad en América Latina: estos rostros pobres son los sujetos eclesiales, estos campesinos, indígenas, estas mujeres envejecidas antes de tiempo, estos jóvenes amenazados, estos grupos suburbanos y de barrios populares, son los nuevos sujetos eclesiales. La Iglesia que está surgiendo es una Iglesia de los mismos pobres. De ellos surgen las CEBs, la lectura popular de la Biblia, los nuevos ministerios, la catequesis, la religiosidad popular, muchos de ellos son los rostros anónimos de los mártires de América Latina, ausentes en el Documento, pero presentes en la memoria del pueblo.

A través de los nuevos rostros eclesiales descubrimos no sólo a una Iglesia laical, joven y femenina, sino a una Iglesia de los pobres, que camina en comunión con sus pastores hacia la Nueva Tierra del Reino. Y se esboza, tímidamente, el rostro de una Iglesia indígena.

### 4. La Tierra, rostro femenino de Dios, nos ofrece una profunda visión teológica muy latinoamericana y popular

Por una parte el tema de la tierra está ligado a una teología no sólo de la naturaleza sino de la creación, como esboza el mismo documento (171). La tierra es de Dios (Sal 24, 1) y la humanidad es solamente su administradora. Toda la teología del destino universal de los bienes de la tierra, de la hipoteca social de la propiedad, de la defensa de los derechos de los pueblos a poseer su propia tierra, tiene aquí su fundamento. La teología del Dios de la vida halla aquí su anclaje concreto: el Dios creador, es Señor de la Tierra y Señor de la vida y "la gloria de Dios es que el hombre viva" (34).

Pero hay algo más. La tierra como rostro femenino de Dios y la tierra madre son símbolos claros de la vida y de la mujer. La tierra simboliza la vida y la mujer, la tierra simboliza la fecundidad y la bondad, la misericordia y la ternura. Por esto puede ser imagen de la bondad de Dios.

Frente al machismo moderno, que revela una imagen de un dios empresarial y cruel, la tierra nos devuelve una imagen más sencilla y



bíblica de Dios, un Dios de la vida, paternal y maternal.

Pero hay una figura que simboliza todo esto: María. También ella rostro materno de Dios, "rostro maternal y misericordioso de la cercanía del padre y de Cristo" (Pueblo 282).

Por esto detrás de la tierra está María, ligada en muchos pueblos a la tierra madre. La religiosidad popular une a María con la tierra. Y María también simboliza la Iglesia.

Más aún, en este lento caminar del pueblo de Dios desde esta tierra llena de abrojos y esclavitudes, hasta la tierra sin males, se esconde una verdadera escatología. Jesús resucitado nos ha liberado de todas las esclavitudes y ha inaugurado la Tierra nueva de los vivientes, donde no habrá llano ni muerte. La tierra no sólo es la madre que nos alimenta sino también el seno que nos acoge en la muerte, símbolo de la Iglesia madre que nos da la vida y nos hace participar de la resurrección del Señor.

Nos hallamos ante una teología profundamente simbólica, típicamente latinoamericana, seguramente incomprensible para el mundo de la moderna ilustración. La tierra no sólo condensa los rostros de los pobres, los indígenas y la mujer, sino también una teología de la creación y de la escatología, una teología de la vida, la dimensión materna de Dios, una mariología y una eclesiología. Y todo ello por la fuerza del Espíritu, que desde la creación se cieme sobre la tierra, la fecunda, la siembra de semillas del mismo Dios, hace que la vida crezca, que la Virgen María engendre a Jesús, que la Iglesia nos transmita la vida nueva, que la Nueva Tierra del Reino vaya creciendo cada día, liberando a la creación de toda servidumbre de pecado (173).

##### 5. Los rostros ausentes ¿pueden esconder alguna teología?

Estos rostros ausentes desvelan la dimensión humana de la Iglesia, santa y pecadora, casta y prostituta, la tensión y el conflicto que coexisten desde el comienzo de la Iglesia. Los conflictos entre Pedro y Pablo, por razón de la inculturación (Hch 15; Gal 2), se prolongan a lo largo de toda la historia de la Iglesia y llegan hasta nuestros días.

Estas ausencias revelan miedos, sospechas, incertidumbres, inseguridades, tensiones

entre diferentes concepciones eclesiológicas, existentes sin menoscabo de la comunión más profunda.

Estas ausencias revelan también una clara distinción que siempre hay que hacer en toda teología sana entre seguimiento de Jesús y cristología, entre Iglesia y eclesiología, entre la vida según el Espíritu y Pneumatología.

No siempre ambas dimensiones coinciden, a veces la vida eclesial es más rica que la eclesiología y el seguimiento de Jesús más evangélico que la cristología y la vida en el Espíritu más rica que la Pneumatología.

Los rostros ausentes del documento (rostros de profetas y de mártires) revelan una Iglesia evangélica y llena de Espíritu, aunque luego la eclesiología oficial o dominante no se atreva a reconocerlo. La vida es más rica que la reflexión que sobre ella se hace.

De todo ello es consciente el Pueblo de Dios, la Iglesia de los pobres, surgida y vivificada por la sangre y el testimonio de sus hermanos en la fe. El Pueblo, con el sentido de la fe y el don del Espíritu, sabe leer más allá de los textos y descubrir la presencia del Espíritu en la Iglesia.

6. Si quisiéramos hallar un rostro que compendiasse cuanto hemos expuesto tal vez podría ser el rostro de María de Guadalupe, ampliamente evocado en el texto (15; 302; Mensaje 54).

Rostro de mujer que sufre ante el clamor de su pueblo crucificado, rostro moreno e inculturado de una Iglesia evangelizadora, rostro de una Iglesia de los pobres que cuenta con ellos y evangeliza a través del laico, pobre e indígena Juan Diego, rostro de una Iglesia indígena, rostro de María, rostro materno del Dios que se inclina ante los pequeños de la periferia, rostro ligado a la tierra y a la cultura del pueblo, rostro que sabe de tensiones y dificultades dentro de la misma Iglesia, rostro que anuncia la gran Buena Nueva: que en su seno está oculto el Señor Jesús, el rostro del único Salvador de todos los pueblos. Por esto el rostro de María de Guadalupe es la Estrella de la Primera y de la Nueva Evangelización (15).



Santa Cruz 18.1.93